

Cuento. La Virgen de la Verbena

Juan Villalba Sebastian

Había estado lloviendo en la madrugada; un par de horas de agua y viento. Se incorporó un poco ayudándose de los codos y notó un dolor agudo en las costillas. Volvió levemente la mirada a su derecha y vio el bulto de aquel hombre despiadado que dormía junto a ella. Con lentitud dejó caer su cabeza sobre la almohada al tiempo que su oído diseccionaba el silencio del entorno con la precisión de un cirujano: el estertor profundo y cavernoso de una respiración cargada de humos y alcoholes; el aleteo bulliciosos de las gallinas perseguidas por el gallo; los maullidos de los gatos bajo la ventana reclamando el desayuno... La luz se filtraba por las cortinas difuminando los contornos de las cosas y se esparcía por la estancia con la misma levedad que en su memoria resbalaban los recuerdos de tantas otras veces: "Venga, "Rinchos", átale la cuerda a los huevos y ten cuidado con las uñas, que está furo". Y el "Rinchos" le ataba un hilo de palomar a cuyo extremo colgaba un palo que el gato arrastraba ligero cunado lo soltaban en la entrada de la casa. "Zape", y el pobre bicho salía desbocado por la gatera. Se oía un crujido sordo de tejidos desgarrados y allí se quedaba el palo, el hilo y un charquito de sangre con dos turmas rosas, palpitantes aún como dos corazoncitos de amantes. En el umbrío zaguán resonaban los ecos de un maullido atronador. Fuera, en la calle, un reguero de sangre y el viento de poniente, caliente y perezoso, formaba remolinos de polvo, papeles y pajas.

Se levantó con cuidado para no despertarlo y volver a sufrir su ira desatada, como ocurriera la noche anterior, cuando se negó a atender algunos requerimientos de ciertos clientes en extremo caprichosos. Le dolía todo el cuerpo y el espejo certificó que tenía algunas marcas en la cara. Salió al patio interior del cortijo y se dirigió hacia la capilla. El aire estaba limpio y la tierra un poco húmeda, retinta y olorosa. De algún sitio emanaba la ternura del olor a pan recién hecho y a leña quemada. No vio a ninguno de los hombres de la fiesta de la noche anterior y eso la animó, todos debían dormir pesados y resacosos, igual que su chulo, agotados de tanto abusar de ellas y de zurrarles la badana, como a él le gustaba decir con su odiosa sonrisa cargada de reflejos de oro.

Entró en la capilla y se sentó en el primer banco y allí, en la penumbra apenas rota por el leve baile de los pabilos de algunas velas, envuelta en fragancias ajazminadas, la descubrió, como tantas otras veces en su infancia, mirándola desde su trono cubierto con baldaquino, hermosa y mínima, flanqueada de faroles y serafines, en su eterno arrullo maternal. Era una virgencita pequeña toscamente tallada en madera, pero con unos ojos grandes, tan grandes que contenían toda una humanidad de siglos. Y le reveló con su mirada que todo ocurrió una mañana como aquella cargada de humedades y de olores, sin querer, se dejó caer en el pozo de la pesadumbre y el recuerdo: las campanas, nerviosas, tocaban a rebato. Su padre, sudoroso, resollaba como un varraco y se apresuraba el final. Cuando acabó, todavía jadeante, se incorporó, se puso los pantalones y abrochándose la camisa salió precipitadamente a la calle, abandonándola sobre la cama, asustada, sin saber que hacer con aquella tierna rosa roja que crecía entre sus piernas como el grito estropajoso de las viejas en las eras, enloquecidas por el dolor. "¡Ay, María Santísima de la Verbena, por siempre seas bendita y alabada! ¿Qué será de nosotros sin ti? ¡Ladrones, desalmados que os lleváis lo que más queremos en este mundo. Cobardes. Infames sin entrañas!" Entonces, como ahora, supo lo que debía hacer: lió los cuatro trapos que tenía y se echó a la carretera hasta que en el cruce con la general la recogió aquel coche exagerado en el que todavía seguía viajando y ya no regresó nunca más. Desde aquel momento había asumido el abandono como una actitud para perseverar ante la vida, para sobrevivir, para que la rutina con sus dientes menudos de días interminables limara el dolor de su existencia, pero ya no podía soportar más palizas ni la degradación continua de ser tratada como una mercancía más. El dolor de la frustración de los sueños no cumplidos y el placer de haber recuperado, siquiera por un momento, esa parte de la juventud que creía definitivamente perdida. Se santiguó y regresó a su cuarto.



Con la delicadeza de sus manos expertas arracimó sus testículos y los ató con hilo dental a los pies de la cama. Él se revolvió en el lecho con refunfuños de animal confiado al placer. Con una voz dulce y suave llamó a la policía y les explicó el hallazgo de una virgen románica robada algunos años atrás. Antes de abandonar por última vez la habitación, entreabrió la ventana, una brisa fresca y dulce le acarició las mejillas con la ternura de una madre divina. Lió sus cosas y salió a la carretera.